mínimo las condiciones económicas de los pueblos, ya que en realidad todo cuanto nos es dado de presenciar no es más que ridícula y repugnante comedia.

Solo la masa anónima, propensa siempre a dejarse alucinar por falsas apariencias, es la que cree erroneamente que en los actuales momentos Moret es preferible a Maura.

¡Error, error crassísimo! Que sea Maura, Moret, Lerroux, o un descendiente cualquiera de Loyola, la situación de los asalariados del capital no ha de cambiar en lo mas mínimo, ya que ni en república ni en monarquía nunca se ha visto que mermaran los poderes absorventes del capital en beneficio de los explotados por el capital mismo.

Pero supongamos que la masa invoque aquello de «toda regla tiene su excepción» para justificar la oportunidad de un cambio político, tenida cuenta de una época de terror maurista.

Supongámoslo, y pasemos a examinar lo que puede tener de lógico esa objeción.

Objetais que Maura, cuyo desequilibrio mental le convierte en vulgar asesino, no podía permanecer por mas tiempo en el poder.

Maura arrestaba a diestro y siniestro, condenaba a culpables é inocentes, deportaba por el solo delito de opinión, asesinaba diariamente por el capricho de asesinar, por saciarse, cual bestia feroz, de sangre humana.

Eso es la verdad descarnada, terrible. Eso fué... *la loca que pasa.*

Entendido y aceptado. ¿Pero de esa *verdad pasagera* debe deducirse que los explotados tenemos que aplaudir la caída de Maura y la subida de Moret al poder? En modo alguno.

La masa, que tiene *corazón* pero que no tiene *cerebro*, y que por lo tanto no ve las cosas que superficialmente, tiene, en eso del actual cambio político, una *apariencia*, nada más que una apariencia de razón. Si se profundiza, no hay nada de mas erróneo que el entusiasmo por un cambio de gobierno.

El cambio actual no debe entusiasmar para nada al pueblo productor, porque con Maura, con Moret o con otro criminal cualquiera de los que turnan en el poder, las cosas no han de cambiarse más que de un modo insignificante en la forma, dejando absolutamente inalterable el fondo.

Y siempre ha sucedido y sucederá así, mientras no se trate de suprimir todos los parásitos de la Tierra.

Pero la masa incauta, desgraciadamente, no lo comprende así.

Movida solo por un sentimiento innato en todo sér humano, la masa deja fácilmente conducirse por un farsante político cualquiera que sepa pronunciar frases de relumbrón.

Esto, cuando un saltimbanqui de la política le endilga desde la tribuna algun discurso embotellado; en cuanto lee, si es que lee, cree a piés juntitos lo que con el mas inicuo descaro es capaz de afirmar, sabiendo que es mentira, el mas embustero de los rotativos burgo-asalariados.

La prensa, esa inmunda prensa burguesa, es la encargada de explotar la credulidad de la masa, ora fabricando entusiasmos de circunstancia, ora tergiversando los hechos, creando convencionales corrientes de opinión.

En eso de la caída de Maura así ha sucedido.

La prensa política de oposición y la alta banca han sabido aprovecharse del estado excepcionalmente crítico que atravesaba España para facilitar el advenimiento al poder del tan malvado como hipócrita Moret.

Pero esa prensa y esa banca, ¿preferían Moret á Maura solo con el único fin de que el pueblo español gozara de más libertad?

La burguesía en general y hasta una gran parte de los mismos mauristas que ostensiblemente pregonaban de Maura la caída, ¿es que con sinceridad creían que Moret sería mas indulgente que Maura el loco, el implacable, y que los innumerables inocentes hacinados en infectas cárceles recobrarían incontinenti su preciada libertad? No: no se creyó que con Moret habría mas indulgencia ni más libertad.

Lo que creyeron los embaucadores todos de la política, desde el maurista mas experimentado hasta el republicano federal más docto en el arte de engañar, es que Maura, con sus repetidas excentricidades, podía muy bien provocar, violenta, terrible, sin precedente, una revolución en España, del mismo modo que provocó una general indignación en todo el mundo civilizado cuando con su siniestro «ordenó» hizo cobardemente asesinar al generoso, al altruista Ferrer.

Toda la canalla del parasitismo español comprendió que Maura había conducido á la España político-capitalista al borde de un abismo, y era indispensable no perder un instante si se quería privar á ese loco de remate que hundiera para siempre en las insondables profundidades de la nada, al vetusto, al tambaleante carromato del Estado donde se refugia toda la podredumbre española.

El pusilanimismo, el miedo á las funestas consecuencias que podía acarrear la época de terror maurista, fué lo que indujo á la burguesía española á imponer á sus lacayos del parlamento la obligación de constituir el *bloc* de todas las izquierdas para derribar á Maura, o, cuando no, obstruccionar abiertamente su preponderancia política.

Y así fué. Maura, á pesar de contar con una débil mayoría, comprendió, ó se le hizo comprender por fuerza, que en un momento, el mas inesperado, podría encontrarse en minoría y verse por lo tanto *abocado* á una vergonzosa retirada, a un lamentable *échec*.

Maura dimitió y un estrepitoso aplauso resonó por todos los ámbitos del mundo... burgo-político español.

Este fué el primer aplauso. El segundo lo dió esa masa de borregos que llaman «masa obrera», esa masa que raro es cuando no aplaude. Raro, porque en su inconsciencia aplaude siempre al último que le habla, por poco que éste sea amaestrado en el arte de la charlatanería política.

Aplaude hasta al que la escarnece y azota, si llega á imaginarse que todavía podría salir otro que la escarneciera más y la azotara peor.

En eso de la caída—sin hacerse daño alguno—de Maura, y la subida poco penible de Moret, que toda la escoria monárquica, republicana y socialista aplaudió á rabiar, decidme, trabajadores, explotados todos: ¿por qué aplaudisteis también vosotros? ¿Por qué? ¿Es que vosotros lo sabéis? ¡Ah, no! Vosotros, en general, no sabéis mas que trabajar mucho y comer poco y mal.

Cuando en circunstancias normales se opera un cambio de gobierno, el obrero debe permanecer de todo punto indiferente por la muy poderosa razón de que, á parte el desempeño de altos y bajos cargos que entre sí se reparten todos los vividores y farsantes que hacen de la política un oficio, la situación de los trabajadores siempre queda en el mismo estado: mísera, vergonzosa, humillante, esclava.

Cuando la situación política de un Estado cambia repentinamente en circunstancias anormales, como ha sucedido recientemente en España, entonces la cuestión es muy digna de estudio, teniendo en cuenta que las consecuencias que pueden derivarse de dicho cambio político pueden influir muchísimo y en sentido diverso, en el ánimo de la masa inconsciente.

Cuando, pues, un cambio de política ó de gobierno se opera en circunstancias *normales*, es la indiferencia de los revolucionarios, de los anarquistas, de los trabajadores en general, lo que se impone: cuando por el contrario, el *gobierno actual* cede el puesto á otro, en circunstancias *anormales*, entonces la actitud de los anarquistas debe consistir en mantener latente el espíritu de exaltación de la masa, puesto que *puede fácilmente decaer* si los nuevos gobernantes son *etiquetados* más liberales que sus predecesores.

Si en pleno estado de represión gubernamental un cambio político en sentido liberal se opera, á pesar de mil esfuerzos nos será siempre dificilísimo á los anarquistas crear, ó mejor, mantener el mismo estado de espíritu que animaba á la masa, á la vigilia de la crisis ministerial, por el hecho de que el proletariado inconsciente aplaude todo lo que tiene una apariencia de progreso.

Como que la prensa político-mercantil, vendida al mejor postor, sabe á maravilla sacar provecho de las circunstancias, en las presentes ha hecho tragar la píldora dorada al pueblo diciéndole que Moret era el más designado actualmente para empuñar las riendas del poder.

En ésta como en otras, como en todas ocasiones, la cantinela política ha escondido una segunda intención.

¿Cuál era ésta en el actual momento político?

Héla aquí: la generaltdad de los hombres que se ocupan de cuestiones políticas y sociales, sin distinción de partido ni escuela sociológica, han comprendido que la Revolución en España era inevitable si Maura continuaba en el poder.

La indignación popular iba de tal modo *in crescendo* que todo el mundo comprendía que la explosión producirase de un momento á otro, lo que á toda costa se tenía que evitar.

Y se evitó. ¿Cómo? Ya lo sabemos: subiendo Moret.

Está, pues, demostrado hasta la evidencia, que Moret salvó, además de las cabezas de Alfonso y Maura, la situación política y hasta quizá la económica de toda la burguesía española.

A pesar de tener que dedicarnos á un trabajo casi insoportable de diez horas diarias, nos queda aún la suficiente fuerza de voluntad para dedicarnos al estudio de la cuestión social, lo que nos permite poder sacar lógicas deducciones acerca de los acontecimientos estrechamente relacionados con el intrínseco problema. Así que nuestros conocimientos psicológicos, aunque elementales, nos han permitido poder apreciar, casi exactamente, cuáles son los momentos más propicios para conducir la masa inconsciente á la Revolución.

Estamos convencidísimos de que nuestra iniciativa revolucionaria no podría actualmente encontrar eco entre los oprimidos, á causa de creer ilusoriamente que la actual política moretista es preferible á la maurista.

Esto no quiere decir que nosotros seamos pesimistas por temperamento; nuestro pesimismo no es más que pasagero, como el rayo fugaz; ya que no podemos concebir que el anarquista no sea un revolucionario optimista por excelencia.

Además, cuando las circunstancias no se prestan, ya se encarga uno de crearlas de modo á que se presten.

Escogeremos la primera oportunidad para crearlas.

Pero probabilidades de un seguro triunfo revolucionario como las que existían cuando Maura pretendía aterrorizar la España obrera y en particular la Cataluña á raíz de la reciente explosión popular, no se presentan con mucha frecuencia.

Así que cuando el telégrafo nos anunció la inesperada noticia de haber el hipócrita y jesuita Moret constituido nuevo ministerio de bandidos, todos opinamos que el advenimiento al poder de ese esqueleto andante imposibilitaba momentáneamente toda tentativa de revolución.

Vistas, pues, las circunstancias anormales que atravesaba la España, es incontestable que para la causa revolucionaria era mil veces preferible aquel mónstruo á este jesuita.

En tiempos de paz aparente, cuando la comedia política continúa representándose tranquilamente y los actores no hacen más que, en sus barbas, burlarse de los imbéciles espectadores; cuando, en fin, lo cómico no trasciende á lo trágico, entonces, con despreciativa indiferencia recibiremos la noticia de un cambio cualquiera de gobierno y podremos, sólo cambiando nombres, exclamar como ahora:

—¡Ni Maura ni Moret!

Paco Tabolas.

¡MISERABLE!

Para escupirte al rostro y proferir á tus oidos epítetos que te harían enrojecer de vergüenza, si la tuvieras, no nos fundamos, asqueroso Ardid, en el solo decir de la gente.

Sabemos que tu cobardía hizo acusar al inolvidable Ferrer como instigador de la reciente explosión popular de Cataluña, convirtiéndote así en cómplice de los asesinos de Montjuich.

El papel que has desempeñado desde los comienzos hasta el fatal desenlace de la pasada tragedia, es el de miserable traidor.

Si se tratara de una tragedia ideal, te conceptuaríamos como lo que eres en tiempos normales: un eunuco. Pero tratándose de una tragedia real, tus abominables y calumniosas acusaciones te colocan al nivel del venenoso reptil, cuyo exterminio deciden los hombres para precaverse de su mortal contacto.

¡Canalla! ¡Traidor! ¡Rastrero! ¡Inmundo!

Las naturales leyes de afinidad y selección, han hecho que los hombres supriman á los séres dañinos.

Lo que quiere decir que tu suerte está echada, ¡cobarde!

Todo es cuestión de tiempo.

A juzgar por los síntomas que en el ancho horizonte social vislumbramos, la tormenta va pronto á desencadenarse sobre el planeta, y arrastrando cuanto á su paso encuentre de nocivo, conducirá tu *carcasa putrefacta* allá al insondable océano.

Pero esta vez, de las muchas cabezas que veremos flotar sobre las turbias aguas del vertiginoso río revolucionario, la tuya será la primera.

Para la próxima, ya lo sabes, ¡miserable!, tienes el número 1.

¡Ferrer no ha muerto!

Cayó, para no levantarse jamás, el cuerpo vilmente asesinado de ese gran mártir que en vida se llamó Francisco Ferrer.

Las partículas de plomo lanzadas por esos mortíferos instrumentos, producto de la inventiva humana destinados á su ignominiosa destrucción, llamados maüsers, han abatido la preciosa existencia del hombre que tanto se desveló por encauzar á esta estupida Humanidad por el camino conducente á su total felicidad.

Todo esto es lógico, es naturalísimo, y por lo tanto tendrá fácil acogida en los cerebros—¡valga la frase!—que hallándose atrofiados por un sinnúmero de concausas, creen que las ideas sustentadas por los individuos desaparecen con la extinción material de quienes las dieron vida. Pero para nosotros, para los que á pesar de la nefasta labor que supone la detentación de la enseñanza, secularmente ejercida por la clase privilegiada en detrimento de la desheredada, tenemos el inmenso orgullo de disponer de la integridad cerebral en todo lo concerniente á los fueros de la Razón, decimos claramente, sin ambajes ni rodeos, que la muerte del mártir cuya eterna ausencia llora la Humanidad que piensa y aprecia las cosas en su justo valer, es una pérdida irreparable en las filas del compacto ejército emancipador, pero al mismo tiempo supone un paso gigantesco hacia la consecución del bello ideal encarnado en nuestro incesante batallar: «la completa liberación de los espíritus, requisito indispensable para la implantación del reinado de la Razón», puesto que el mencionado monstruoso hecho nos pone de manifiesto los rastreros medios de que se valen los fanáticos misolampos en su infructuosa tarea de poner valladares á las incontrarrestables fuerzas de la Verdad, y como es natural, contribuye al afianzamiento de nuestra esperanza en un pronto y definitivo triunfo.

¡Pensar que en la inmensa falange proletaria, en la clase social llamada á realizar la gran Revolución que derroque el cúmulo de asquerosos atentados á la personalidad humana, sobre el que se sienta el carcomido régimen social que disfrutamos, ha hallado furibundos anatematizadores la colosal, la inapreciada labor realizada por el que acaba de añadir su nombre al martirologio de la Humanidad!

¿Cuál es la razón de este denigrante contrasentido? Pues, sencillamente, la de que aun existen en el mundo séres degenerados que brindan albergue en esa especie de calabaza que llevan sobre sus hombros á aberraciones tan estupendas, á concepciones tan abiertamente atentatorias á la dignidad humana, como la que reasume en sí todas las calamidades que pesan sobre el género humano: la ficción *patria*.

Creo haber expuesto sencillamente la «poderosa» razón en que han fundamentado su aversión á la hermosa obra del nunca bastante llorado Ferrer los que, titulándose socialistas y republicanos, dicen batallar en las avanzadas del ejército conquistador de la Libertad y el Progreso.

«La labor de Ferrer ha sido antipatriótica.» ¡Oh, delicias de la imbecilidad humana!

O yo estoy loco de remate, ó no puedo comprender el concepto que de la Libertad se han formado algunos individuos.

¿Pero es que por ventura, eminentes lumbreras de la civilización, vuestros esclarecidos cerebros no se habían percatado de que la enseñanza racionalista introducida en España por el gran Ferrer era eminentemente antipatriótica, puesto que es el germen, la base fundamental del verdadero socialismo que es el ácrata, y cuya implantación no es factible en tanto no desaparezca la absurda desigualdad entre los hombres, único baluarte en que se refugia la execrable concepción de patria?

Si es así, os compadezco, pues ello implica una tácita demostración de lo paupérrima que es vuestra constitución moral é intelectual, que nos pone en el duro trance de dudar si contendemos con séres investidos del carácter racional de la especie á que creemos pertenecéis, ó si, por el contrario, perdemos lastimosamente el tiempo por dirigirnos á séres que, estando desprovistos de aquella preciosa cualidad, son incapaces de comprensión alguna.

Con que ya lo sabéis; la piedra angular del gran edificio que queremos erigir es el antipatriotismo, piedra extraída de la inagotable cantera del pensamiento humano, que en su incesante investigación de la Verdad, ha probado irrefutablemente que, cultivándolo fervorosamente, es como podremos conseguir la extinción de las plagas sociales que retardan la implantación del reinado de la Fraternidad en su más ámplia concepción.

Convengamos, pues, en que, á pesar de todos los pesares, es decir, á pesar de la palpable realidad de los hechos que nos confirman la muerte del moderno mártir, ésta ha sido unicamente material, y que en contraposición á la teoría católica de la inmortalidad del alma, podemos proclamar á todos los vientos la inmortalidad del Racionalismo, que ha de conducir á ésta en la actualidad desventurada Humanidad, á su legítima, á su imperecedera felicidad.

Nada más lógico, pues, que exclamar:

¡Ferrer no ha muerto!

J. Casavieja.

España.

Fantoches vivientes

Toulon, 10 noviembre.—Un soldado natural de Cannes, encuartelado en Toulon, se ha suicidado arrojándose a la vía al paso de un tren. Su cuerpo ha sido horriblemente destrozado. Los motivos atribúyense a la repugnancia que le causaba la vida militar.

Diariamente les veo en la plaza; una espaciosa plaza rodeada de robustos árboles que proyectan deliciosa sombra...

Los fantoches muévense en todas direcciones, corriendo, gesticulando, á la sola voz de mando de unos petrimetres vestidos de rojo ó blanco, con grandes galones y estrellas, de rostros famélicos ó salvajes.

¡Pobres fantoches! ¡Pobres soldados!

Vuestra estupidez me causa risa.

Vuestro servilismo me produce indignación.

¡Un, deux! ¡Un deux! ¡Halte!

Una palabra grosera, un jurón, un insulto de vuestros jefes, y un temblor convulsivo que se apodera de vosotros.

Todo esto me hace gracia, muchísima gracia...

. . . . . .

Los ensayos se suceden cotidianamente.

Los inmundos galoneados, mantenedores de la depravación reinante en el militarismo, abusan y se divierten con aquellos imbéciles soldados, los cuales acatan con religiosa sumisión las ridículas órdenes que les imponen un puñado de estetas.

¿Que exagero? ¿Que insulto? ¿Que miento?

Leed la prensa toda, burguesa ó proletaria, y veréis diariamente hechos acaecidos en los cuarteles de Alemania, Francia u otra nación cualquiera; hechos que demuestran cuán ruin, perniciosa, baja, criminal y repugnante es la vida del militarismo.

Las enfermedades contagiosas y venéreas, debidas á la asquerosa promiscuación que se efectua en los cuarteles, llevan al hospital ó al cementerio una buena parte de nuestras potentes juventudes.

Considero al soldado como un autómata, sin voluntad: enemigo de los suyos en la continua lucha social; verdugo inconsciente—¡pero verdugo al fin!—en las ejecuciones capitales; asesino de sus semejantes, de sus hermanos, en una guerra civil ó colonial.

Por eso les odio; por eso les desprecio.

La Francia se resiente dolorosamente del considerable aumento de prófugos y desertores, de poco tiempo á esta parte.

Eso prueba, afortunadamente, que nuestra continua labor antimilitarista encuentra eco en las juventudes conscientes.

Los rotativos piden á grandes voces una represión dura, un castigo ejemplar para los propagandistas del anti-